

Un centenario y una evocación

FEDERICO CHOPIN

(1849-1949)

Señores Académicos: Celebrándose el próximo año 1949 el primer centenario de la muerte de Chopín—uno de los más grandes valores musicales, sobre todo en lo que a la literatura pianística se refiere—, creo un deber dedicar, ante la proximidad de fecha tan memorable para nosotros los pianistas, siquiera unas breves cuartillas a la evocación de tan genial compositor.

Acerca de Federico Chopin se han escrito tantas biografías, biografías noveladas, ensayos, artículos periodísticos, obras teatrales y cinematográficas, que de no ser que apareciese—cosa no probable—algún manuscrito original que revelase el carácter de ciertas relaciones sostenidas por Chopin con una célebre novelista, aún hoy día muy discutidas, no creo que nada nuevo, al menos por mi pluma, se pueda añadir a la muy copiosa literatura que tan exquisito artista viene suscitando ininterrumpidamente durante cien años.

¿Quién ignora ya la vida pública e íntima de Chopín? Nadie.

¿Quién no conoce numerosas composiciones del insigne Polaco? Nadie.

Sin embargo, tiene un atractivo tan especial su vida, que siempre será cantera inagotable para artículos y biografías más o menos «noveladas», como igualmente su obra, por muy conocida que nos sea, nos reservará la sorpresa, cada vez que la oigamos, de mostrarnos nueva, jugosa, original, inmarcesible.

No obstante, o quizás por lo mismo, que su vida y obra han sido difundidas con exceso, no suele juzgársele con la seriedad que su arte merece.

Generalmente, nos muestran sus biógrafos un Chopín encantador, distinguidísimo, torturado, pero, falto de carácter, de virilidad.

Igual error, a veces, se observa en la interpretación de sus composiciones.

No es así Chopin, como a poco que profundicemos en su vida o en el análisis de sus obras veremos.

No deben confundirse la delicadeza, el refinamiento, la exquisitez verdaderamente aristocráticas con que toda su vida y composiciones se esmaltan, con ese tono menor, algo femenino y un mucho enfermizo que suele atribuirse a toda su obra.

Repasemos rapidísimamente sus composiciones, fieles reflejos de sus diversos estados anímicos, para que nos demuestren la verdad de la genial frase de Schumann, al decir que eran las composiciones de Chopin como «cañones ocultos entre flores».

¿Son los 24 Estudios producto de una sensibilidad enfermiza? No.

¿Quizás los Valses? Tampoco. ¿Las Baladas? ¿Acaso los Scherzos? ¿Las Polonesas? ¿Tal vez las Sonatas? No. Todas estas obras solo revelan enorme fuerza vital, poder, rebeldía.

No están exentas, eso sí, de las máximas delicadezas, pero delicadezas «nada femeninas» y sí muy varoniles, que por eso mismo fué y sigue siendo el compositor favorito de las mujeres.

En las Mazurkas y Preludios, composiciones de breve duración pero plenas de contenido emocional, en las que se nos revela como en todas sus composiciones, el verdadero «yo» de Chopin, tampoco encontramos esas lacrimosas ternuras tan decantadas.

Observemos que siempre su música, por muy delicada que fuese —los Nocturnos por ejemplo—, nos da una impresión tan completa de virilidad como la escrita por su polo opuesto, Liszt; solo distintamente expresada y a veces muy superior a otros compositores de su misma época.

Quizás parezca atrevida esta afirmación, pero ¿no pueden enfrentarse las Polonesas de Chopin con las del coloso Liszt y quedarían éstas en notoria desventaja? ¿No sucedería igual con los Nocturnos? ¿Y las Baladas, Estudios, Scherzos, Bolero, Tarantela y tantas composiciones en las que el vigor es casi imprescindible para su ejecución, por qué parecen olvidarse y se nos habla siempre de la música enfermiza y triste de Chopin?

Chopin, ciertamente, escribió numerosas obras delicadas, tenues, chispeantes, las Escocesas, Valses, Mazurkas y Preludios entre otras, nos ofrecen ejemplos encantadores; como también de sus tristezas, mejor nostalgias y rebeldías, tenemos en ellas, así como en las Polonesas, Estudios, etc., magníficos exponentes. ¿Por qué, pues, silenciar esta nota vibrante, heroica, triunfal, rebelde a veces, de su vida interior, demostrándonos que quien produjo estas obras no podía ser ese Chopin amado que suelen presentarnos en numerosos escritos.

No se me oculta que Chopin carecía de algo que da un poder y cuadratura sin igual a las composiciones; el dominio de las formas musicales. Chopin no las dominaba, notándose esta falta en las formas clásicas, Sonatas y Conciertos. Prodigioso fué su numen, en

verdad, para poder suplir con bellas divagaciones, tan importante requisito y hacer gratas a la audición obras de proporciones tan considerables como son sus deliciosos Conciertos y Sonatas, carentes del clásico equilibrio formal, pero no creo que esta deficiencia técnica haya podido influir en el juicio de muchos de sus «admiradores» para conceptuarle como dije antes en tono menor, porque, para ellos, parecen no existir de su variadísima producción más que un Estudio, un Vals y un Nocturno.

Brevemente, por no hacer pesado este recuerdo al inmortal Chopin, quiero resaltar junto con la finísima estilización que imprimió a los aires de danza y a las melodías populares de su patria, lo más característico de su música; me refiero a la armonización de todas sus obras, en las que empleó nuevas y originales fórmulas riquísimas en colorido y expresión, poniendo de relieve su enorme fantasía e intuición genial, contribuyendo conjuntamente con su peculiar manera de usar los melismas, a hacer de su música algo no oído hasta entonces y de personalidad tan acusada, que es imposible no reconocerla desde las primeras notas de cualquiera de sus composiciones.

No siendo mi propósito hacer una crítica ni una biografía de Chopin, sino una ligera reseña de su obra pianística y vida, pasaré a hablaros un poco del artista más admirado por las damas en la primera mitad del pasado siglo.

Como manifesté al principio, nadie ignora ya hasta los más nimios detalles de la vida pública y privada de Chopin, por eso en vez de comentar su brillante carrera artística o el amor que sentía por su Patria, compartido con el que le inspiraron bellas e interesantes mujeres, me limitaré a bosquejar algunos aspectos de su carácter.

Nota dominante de toda su vida fué una innata y suprema distinción que obligaba a todos cuantos le rodeaban a tratarle como a un príncipe. Y como un verdadero príncipe, no consideró a nadie digno de sus confidencias sentimentales. Era, según personas de su intimidad, «más amable que amante» y lo que muchas veces se tomaba por vivísimo interés hacia alguien «no pasaba de ser pura cortesía». ¿Fué pues la exteriorización del romanticismo en Chopin semejante a la de sus colegas? No; su vida y aficiones bien lo demuestran. Detestaba todo aquello que indicara desorden. En música, sus mismas devociones y repulsas lo atestiguan. Bach, Mozart y Bellini, sus favoritos; Schubert, Schumann, Berlioz e incluso Beethoven, poco o nada comprendidos.

Chopin, espíritu selectísimo, romántico por naturaleza, como sus composiciones nos lo demuestran, no estaba de acuerdo con los propulsores del movimiento romántico en muchas de sus manifestaciones extrínsecas, aunque ellos si fueran admiradores y sinceros defensores de su obra.

Su «clima» espiritual, no lo encontraba entre el pueblo, sino rodeado de la más selecta aristocracia, representada en todos sus conciertos por bellísimas damas y correctísimos caballeros. Las personas elegidas para su amistad o alumnado, salvo sus compatriotas, casi exclusivamente fueron Príncipes, Duques, Condes... o más exactamente, Princesas, Duquesas, Condesas... Toda la aristocracia emigra entonces en París, mas la alta burguesía floreciente en aquella breve monarquía que en ese París, por el que Chopin solo «pensaba pasar», duró casi lo mismo que su corta vida.

Se me podrá objetar que los mismos salones aristocráticos fueron también frecuentados por otros famosos artistas románticos y, no podría ser la objeción más exacta. Ahora bien, ¡qué diferente manera de reaccionar ante la vida y qué aficiones más dispares observaremos entre Chopin y los otros artistas! A Chopin no se le conoce desorden en su vida (sus relaciones con Jorge Sand, si hacemos caso a la escritora, solo fueron una exaltada y abnegada amistad), pero, tampoco tiene, salvo por y para sus compatriotas, esos rasgos de grandeza de alma que tanto caracterizaron a algunos compositores de su época. Quizás, por lo mismo que era «más amable que amante» no llegó a confraternizar con la humanidad, como les sucedió a otros famosos artistas, sino que por aquella innata distinción, la mayor parte de su vida la pasó aislado espiritualmente en su invulnerable torre de marfil, tal vez por considerarse superior a los que le rodeaban y, salvo el piano y el pentágono, nadie pudo saber aquello que él se propuso ocultar.

Su cortesía, alegre carácter, no amargado hasta sus últimos años y un agudo sentido del humor e ironía, le protegieron maravillosamente contra la ajena curiosidad.

Muchos han encontrado por todo lo anteriormente expuesto, casi incomprensible su amistad con Jorge Sand, pero ¿qué hay inverosímil en amor?

Además, la educación de Chopin, hizo posible, al evadirse moral y a veces materialmente de un ambiente tan poco propicio a sus refinados gustos, lo que con otro artista hubiera sido un completo fracaso desde su iniciación y, digo desde su iniciación, pues hagamos

caso a Jorge Sand o Chopin en sus escritos, fracaso fueron esas relaciones en todos sus aspectos y, es que nunca el pueblo y la aristocracia pudieron permanecer largos años unidos y, esto, representaban ambos artistas en sus producciones y en sus vidas.

Nada deben importarnos estos errores humanos, no restan grandeza a la figura de Chopin y fueron subsanados antes de su muerte al volver, libre ya de ciertas perniciosas influencias, al seno de su siempre muy querida Iglesia Católica—de la que con sincero pesar se vió alejado temporalmente por especiales circunstancias de su vida—y morir confortado por la religión que tan hondamente llevó siempre, junto con el amor a su Patria, familia y arte, en su corazón.

Termino; os prometí una breve reseña y no quiero que el único mérito que pudieran encerrar estas cuartillas (el ser pocas) quedase anulado al extenderme en divagaciones que nada nuevo aportarían a la vida y obra del más genial músico polaco.

M.^a Teresa García Moreno.

Córdoba, octubre de 1948.